LA GUERRA, UNA ENFERMEDAD INFANTIL

José Luis Gómez Urdáñez
Catedrático de Historia Moderna de la UR

Casi nadie sabe hoy que la guerra está prohibida. Por eso, las guerras no se declaran y se encubren con una terminología tan falsa como imbécil, por ejemplo, conflicto de baja intensidad (¿los muertos se mueren más despacio?) o ayuda al restablecimiento de la democracia (¿democracia entre tribus?). No ha habido guerra en el Líbano, ni la hay en Palestina, ni siquiera en Irak. Ningún país está en guerra, salvo cuando es guerra civil. Pero nadie dice que todas las guerras son guerras civiles, pues las guerras hace tiempo que se exportan y se despersonalizan (se llaman guerra del Golfo, de los Seis Días, del Opio, de los Cien Años, de la Oreja de Jenkins, qué gracia, incluso hubo una guerra en la que mataban con el gas de la risa). Las dos guerras mundiales fueron guerras civiles –una empezó en España-, pero al principio fueron también exportadas: Alemania, Italia, o Japón llevaron la guerra a sitios lejanos, pero luego la acabaron sufriendo ¡y a qué precio! En 1945 sólo había guerras civiles en el mundo.

Los Estados Unidos, expertos en materia de exportación de conflictos -¿en qué parte del mundo no ha estado el soldado Ryan?-, no habían sufrido el poder devastador de la guerra hasta la "batalla" de las torres gemelas, así que han reaccionado –es siempre igual- con la épica arcaizante, el ardor guerrero, las gestas y los héroes, las justificaciones estratégicas y el patriotismo, en este caso, la Biblia contra el Corán. España hizo lo mismo en el siglo XVII: ortodoxia contra herejía. Hace sólo unos años era democracia contra comunismo. ¿Qué tendrán pensado estos pájaros para el día después?

Con ese turbión enajenando las conciencias es casi imposible razonar, pero eso es lo que necesitan los señores de la guerra, o sus corifeos, expertos en hacer pasar mentira por verdad, todavía bajo el único principio de la autoridad que llaman moral o democrático (el real, el negocio, es siempre silenciado). Corifeos filósofos, académicos, enmedallados prohombres, se ríen de los pobrecitos que pensamos en resolver los conflictos mediante el diálogo y la didáctica: *si vis pacem, …¡para pacem!* Gustavo Bueno nos llama Alicias…, qué pena, maestro. Los historiadores del futuro establecerán

una clara división entre los pensadores –y los activistas- que anticiparon la llegada de aquella paz perpetua que soñaron Erasmo, Vives, el abate Saint Pierre, Kant, Wilson o Gandhi y la de los retrógrados que todavía pensaban en el hachazo en la frente del oponente …¡tantas veces por sólo pensar de forma distinta!

Pues bien, amigo lector, la guerra será considerada dentro de décadas, siglos o milenios, una enfermedad infantil de la humanidad (estoy seguro). Es posible que como hoy hablamos de grandes épocas –paleolítico, neolítico, edad de los metales, feudalismo, etc.- nuestros colegas del futuro inventen un término para esta época de "larga duración" tal que "época de la guerra: del hacha de sílex al misil selectivo". Pasada la niñez y quizás la adolescencia –en la que parece que estamos los ricos (sólo los ricos; los pobres no tienen adolescencia)-, la guerra ya no sólo estará prohibida sino que será considerada una ordinariez –lo mismo que el pasar hambre, tantas veces su origen-, un síntoma de primitivismo, como la horca y la picota, la venta de esclavos, quemar a alguien en la hoguera, o arrogarse el derecho de pernada. Hace ya un tiempo que superamos ese estadio de la humanidad (deshumanizada); también superarán nuestros tataranietos el de esta sociedad opulenta (idiotizada).

Hoy se sabe que los recursos alimenticios crecen por encima de la población (mala noticia para el viejo Malthus; buena para Kant, que siempre fue optimista), pero se oculta que todas las guerras son inducidas: donde no es el petróleo son las bananas, o el cacao. Hoy todo se vende, hasta las basuras. Los seres humanos son también mercancía y se comercia con ellos. El hambre de unos es proporcional a la riqueza de otros -¡ay, nuestro negrito Obiang! (perdón por haber llamado negrito al octavo millonario del mundo ¿será delito?)-, pero las cuentas corrientes de los genocidas no las abre ni Dios (es decir, mister Dólar). Eso es así porque una buena parte de las riquezas del mundo proviene del negocio de las armas, necesarias para mantener la situación de guerras preventivas, conflictos de baja intensidad y otros crímenes legales. Aquí, aunque somos un país bien considerado internacionalmente en el negocio armamentístico -¿no lo sabían?-, preferimos por ahora el truco del ladrillo, la porra contra los okupas y explotar a los inmigrantes y a los jóvenes mileuristas, fruslerías. Mientras, la jerarquía católica se preocupa más por la unidad de España que por la de sus ovejas perdidas, a las que hace tiempo que nadie va a buscar (¿habrá que examinarse en el juicio final de esto de la unidad de España?). Menos mal que en el discurso de la iglesia española los titulares son más provocadores que el texto, que nadie lee (¿verdad, Jotapedro?).

Lo que faltaba ya para vomitar es que Kofi Annan haya declarado que la hambruna en África es culpa del cambio climático. ¡Hace falta valor! También esa lumbrera mundial que es Tony Blair (pronúnciese Bleeerrrrrrr) ha hozado en el caliente barrizal: en sus horas más bajas se ha traído al sabio -¿cuánto le habrá pagado?- para que relacione el cambio climático con los bolsillos del contribuyente y con la próxima crisis económica (que va a estallar en cuanto él se vaya, claro, no es listo ni nada; por aquí tenemos a otro parecido). Así ya podemos comer, beber y folgar con la conciencia tranquila. Nosotros a lo nuestro, que el hambre del negrito es cosa del cambio climático. Por cierto, nadie dice que los bombardeos calienten la atmósfera, ni la contaminen. Seguro que la otra lumbrera, mister Bush, sigue encontrando en la Biblia las razones para no firmar el protocolo de Kyoto (lo demás lo consulta directamente con Dios).

Con gente así dirigiendo el planeta no es extraño que los colegas del futuro nos traten como a niños malcriados. Y que consideren a nuestras guerras –incluido el terrorismo etarra- como una enfermedad infantil y al hambre como un signo de imbecilidad (igual que el despilfarro). Pues la guerra no es consustancial al ser humano, dígalo Agamenón o su porquero. Ni el hambre de unos tiene justificación ante la opulencia de otros (igual que cualquier muerte violenta). No hay escasez de alimentos, sino de justicia y de educación. La historia ha de empezar a tratar a la guerra y a los guerreros como trata a los bandidos y al crimen; ha de borrar lápidas de héroes y caudillos –o conservarlos como un resto arqueológico y didáctico- y restaurar la memoria de los que trabajaron por la paz y por la confraternidad. Éstos últimos son varios miles de millones de seres humanos: los verdaderos protagonistas –cada uno a su manera- de un cambio que está al caer (décadas, siglos, quién sabe, poca cosa en el reloj de la humanidad).

Seamos optimistas: a la revolución hay que ir contentos. Ésta, la revolución de la paz, la nueva era, quizás haya empezado ya sin que nos demos cuenta, pues por mucho que siga habiendo niños donde caen los misiles -¿son o no selectivos?-, da tanto asco ya ver morir a los inocentes que cada día es más difícil encontrar quien justifique la violencia y no confíe en el diálogo y en la colaboración internacional, incluso para resolver conflictos tan domésticos –una gota de agua sucia- como el etarra. ¡Ni un muerto más!

Ven cómo los historiadores podemos servir para algo, …incluso cuando hablamos del futuro. Por ahora, retengamos del pasado que… ¡la guerra está prohibida! Quizás sea el primer síntoma de que ha empezado una nueva era. Atención.